

—Escucha; tambien Orsini quiere ir muy alto, y es demasiado hábil para no lograrlo.

—Razon de mas para que no podamos entendernos. Y hasta dónde quiere subir ese hermoso matador?

—Quiere ser primer ministro.

—Nada mas?

—No te engañas, amigo; ese hombre puede lo que quiere.

—Creo que yo soy la prueba viva de lo contrario.

—Oh! no hablemos mas de eso.

—Cáspita! A mí me parece que la cosa vale la pena de que nos ocupemos de ella.

—Es preciso no pensar mas en ello, te digo; porque para que él logre lo que quiere, es preciso que vivas.

—Es decir que maese Orsini me hará el honor de hacerme luego le sirva de escalon.

—Es decir, amigo, que para que ese hombre sea ministro, es preciso que el rey de Francia no sea ni Felipe el Bello, ni Luis el Hutin.

Buridan hizo un movimiento de sorpresa y casi de espanto.

—Comprendes ahora?—le preguntó Margarita, cuya voz y cuyas miradas se animaron.

—Todavía no, mi bella soberana; pero me parece que mis ojos comienzan á abrirse.

—Ah! sí nuestros corazones se entendieron como en otro tiempo!

—Se entienden, Margarita!

—Adivinas, pues?

—Sí; para que Orsini sea ministro, es preciso que Margarita de Borgoña sea regenta del rey de Francia.

—Y cuando Margarita de Borgoña sea regenta y se haya quitado el luto, comprendes qué será Buridan?

—Oh! amada reina mia, qué grande y qué buena sois.

Y el caballero se prosternó á los piés de la atrevida reina.

—En mis brazos, Buridan!

Se entendian, y en efecto, eran muy dignos de entenderse.

—Pero,—dijo el ex-page,—para ser regente necesitas un hijo.

—Y por qué no he de tenerle, amigo mio? Y ademas, si por esta parte no se satisficieran nuestros deseos, Orsini proveeria.

—Oh! ahora, mi divina soberana, habla, manda, ordena, y que un amor sin fin te haga olvidar un momento de cólera.

Margarita estaba triunfante; habia vencido á un enemigo temible.

Buridan estaba radiante, casi llegaba al trono.

Pero, miéntras que los dos saboreaban el regocijo de sus triunfos, una circunstancia enteramente fortuita acababa de cambiar la faz de las cosas.

Gauthier, á pesar de las últimas palabras que le habia dirigido la reina de Navarra, salió de la cámara con el espíritu inquieto.

Habianle conmovido los rumores que corrian respecto de la torre de Nesle, donde habia pasado tantas horas deliciosas.

No sabia nada, no se atrevia á adivinar nada, y á pesar suyo flotaban en su pensamiento vagas y tristes conjeturas.

La conversacion que acababa de tener con la hermosa reina no era capaz de calmar la agitacion íntima que acaso él no se confesaba, aunque conocia su influencia.

Así, pues, al salir de la cámara de Margarita de Borgoña, sintió la necesidad de aclarar un poco los pensamientos que se tropezaban en su mente, y para lograrlo fué á buscar la sombra de los sauces que refrescaban la orilla del Sena, porque el aire estaba tibio y el sol resplandeciente.

Sumergido en sus pensamientos seguia el curso del rio.

Apénas habia andado cien pasos, cuando le sacaron de su entretenimiento las palabras animadas de dos pescadores que acababan de poner en la playa el cadáver de un jóven que parecia no haber estado sino muy poco tiempo en el agua.

—Vamos,—decia el mas viejo de los dos pescadores,—ya veo que en esa maldita mansion, se canta siempre la misma antífona.

—A fé mia,—dijo el otro,—que ya hace algun tiempo que esto dura, y que los malandrines serán los amos del reino.

—Nécio! este trabajo no es de los malandrines, sino de grandes señores y barones. No ves que lo mismo que los otros, tiene una herida de daga en el pecho?

—Es verdad; pero su brazo izquierdo está tan apretado á su cuerpo que no se le ve llaga.

—Es porque, lo mismo que siempre, la herida es profunda y poco ancha....

—Estas últimas palabras fueron oidas por Gauthier, quien en ese momento llegaba cerca de los dos pescadores.

—Ah!—dijo deteniéndose.—Hé aquí un triste hallazgo. Se sabe quién es este hombre?

—No se sabe nada, señor,—respondió el mas viejo de los pescadores;—la policia y la justicia, son como los réprobos, tienen oidos y no oyen, ojos y no ven.

—Pero yo tengo oidos para oír y ojos para ver!—esclamó Gauthier.—Atras, bribones; quiero ver de cerca.

Se acercó al cadáver y se inclinó para verle bien.

—Veinte años apénas,—dijo á media voz;—esto es morir muy jóven..... Nunca se explicará este fúnebre misterio?..... El desgraciado ha debido defenderse, porque aun se ve en su fisonomía la espresion de la cólera.

Gauthier se volvió porque oyó pasos detras de sí.

El que llegaba, era su hermano Felipe, quien iba á reunirse con él, porque le vió al salir de casa de Blanca, su querida.

—Mira, hermano,—le dijo Gautthier,—no es una cosa lamentable que tan á menudo se halle esto en semejante lugar!

—Lamentable y espantosa,—respondió Felipe inclinándose como su hermano, para ver bien de cerca el cadáver; porque, puesto que la policía y la justicia no pueden remediar esto, no hay caballero buen mozo que no tenga que temer semejante fin . . . Pero mira, me parece que el pobre jóven tiene algo en la mano colocada sobre el pecho.

—Veamos,—dijo Gautthier.

Y tomando la mano que indicó su hermano, hizo esfuerzos para abrirla.

No le fué fácil hacerlo, porque los dedos estaban muy crispados; pero al fin lo logró, y de la mano helada cayeron unas pequeñas tarjetas de marfil.

—Gran Dios!—esclamó Felipe, apoderándose de ellas,—esto puede decirnos algo respecto de estos asesinatos cotidianos.

Abrió las tarjetas para ver su contenido, y apenas fijó los ojos en ellas cuando palideció de terror.

—Hermano! hermano!—dijo—esto no es un sueño, no es verdad! Tú y yo estamos en la orilla del río, cerca del Louvre y á algunas centenas de pasos de esa torre de Nesle, de aspecto tan lúgubre y en la que, sin embargo, hemos pasado tan deliciosos instantes!

—Qué hay Felipe? Tu rostro y tus palabras me espantan.

—Y mira lo que me es mas espantoso, Gautthier. Toma, lee:—*Muerto asesinado por Juana de Borgoña.*

—Ah!—dijo el capitán de guardias sorprendido de estupor,—mira la palabra de ese horroroso enigma! Pero es posible! . . . Juana tan dulce, tan tímida . . .

—Hermano, quién puede leer en el corazón de una muger?

—Por mi alma, Felipe, que tanto crimen no ha de quedar impune.

—Cuidado, hermano mío, me parece que estamos al borde de un abismo.

—Cálmate, Felipe, qué tenemos que temer de Juana? Podría acusarnos de los pecadillos en que ella ha tenido gran parte, y en tal caso, nuestras gentiles queridas Blanca y Margarita no tienen un talento mas que necesario para reducir á la nada sus acusaciones?

—Silencio, Gautthier! Aquí viene alguno de la casa del rey.

El capitán de guardias se volvió, y en efecto, vió á un page de Felipe el Bello, que iba á todo correr.

Hé aquí lo que había sucedido.

El rey de Francia había pasado mala noche: los flamencos á quienes había vencido comenzaban á volverse á mover, pretendiendo que no tenían nada que dar á Felipe, puesto que todo se los había tomado.

La razón parecía perentoria; pero el monarca la tenía por tanto mas mala, cuanto que, como siempre, le faltaba dinero, y porque en su buena ciudad de Paris se habían manifestado síntomas de rebelión, á causa de la moneda de ma-

la ley que emanaba de las cajas reales, la que despues de haberla emitido por su valor nominal, no la quería recibir sino por su valor intrínseco.

El rey se había levantado de muy mal humor, ó descontento cuando ménos.

A fin de distraerse, salió al balcón de su cámara, y miró correr el agua, pá-satiempo muy inocente, y muy en armonía con el estado de la hacienda.

Pero, al mirar al río, vió otra cosa, es decir, los pescadores que sacaban del agua el cadáver de Germer Gourbelean, y luego vió á los hermanos Gautthier que llegaron y que quitaron un objeto de la mano del muerto.

Esto recordó al príncipe ciertas quejas que habían llegado hasta él, respecto de los cadáveres de jóvenes que tan frecuentemente se encontraban en aquellos parages.

—Por Jesucristo!—esclamó,—no me vendrían mal algunos modelos á quienes hacer ahorcar ó quemar; sepamos lo que hacen esos allí. Hola! un page! . . . Que me traigan incontinenti á los caballeros d'Aunoi, que están cerca de la playa.

El page partió como un rayo; á él fué á quien vieron los dos hermanos.

—Caballeros,—les dijo cuando llegó cerca de ellos,—el rey os llama, quiere hablaros inmediatamente.

Felipe y Gautthier cambiaron una mirada inquieta.

—El rey sabía que estábamos aquí?—preguntó el capitán de las guardias.

—El rey os ha visto desde su ventana,—respondió el page,—y se ha conmovido por el trabajo que os habeis tomado respecto de ese mancebo asesinado.

—Te seguimos,—dijo Gautthier.

Y cuando el page tomó la delantera, dijo dirigiéndose á su hermano:

—Qué auguras de esto, Felipe?

—Nada de bueno, hermano; tengo miedo.

—Por mi alma! Nosotros no debemos temblar, sino Juana que manda semejantes crímenes.

—Y si el rey sabe lo que se imputa á esa princesa, no querrá ecsaminar la conducta de las otras? Esto nos toca de cerca, Gautthier; ¿no imaginas nada para salir de ahí? . . .

—Dios mío! Soy muy poco esperto en semejantes intrigas para aventurarme á ello: si el rey quiere saber qué hemos descubierto, se lo diré. No vale mas que sepa la cosa por nosotros y no por otros? Estoy convencido que es el mejor medio para que no se sospeche de nosotros.

—Haz lo que quieras; pero desde este momento, tengamos mucho cuidado. Hermano, ruge la tempestad.

En esta situación de espíritu llegaron en presencia del rey, quien les esperaba en su gabinete.

—Ah! caballeros,—les dijo el monarca,—me parece que habeis tenido un encuentro muy triste.

—Y os parece verdad, Sire,—respondió Gauthier;—porque es mas sensible para los hombres de corazon, ver asesinados á unos jóvenes súbditos del rey.

—Eso es cosa que queremos poner en claro, señor, y sabiendo que aconsejáis bien, os hemos enviado á llamar. No habeis pensado nada respecto de esos asesinatos tan repetidos?

—Sire, eso no nos toca á nosotros,—respondió Felipe, quien tembló al oír ese principio de conversacion.

—Por Dios, señores, que á todas las gentes honradas toca poner fin á las cosas malas.

—Y así lo harémos si se nos dan los medios,—dijo Gauthier;—pero esto es un misterio que no podrémos penetrar.

—Y en este momento no habeis hallado ningun indicio que pueda guiarnos?—preguntó el rey frunciendo el ceño.

Gauthier d'Aunoi conoció que ya no habia que retroceder.

—En efecto, Sire,—respondió,—hemos hallado una cosa muy estraña en la mano de un desgraciado cuyo cadáver acababa de ser sacado del agua por los pescadores.

—A fé mia que os ha costado trabajo decirlo. Sin embargo, lo queremos saber todo, y os mandamos que todo lo digais.

—Lo habríamos hecho al principio, Sire, si el temor de afligir á V. M. no nos hubiera detenido.

—Por Dios, señores, podeis creer que no tenemos un corazon bueno para hacer justicia en todos tiempos?... Hállese el culpable donde se halle, harémos que caiga en manos de la justicia, y que se le castigue de una manera ejemplar, aunque sea de nuestra familia real.

—En efecto, Sire, las apariencias parecen acusar á una persona de vuestra casa.

—Y á quien por lo mismo conviene tratar sin piedad ni consideraciones. Hablad, pues, sin temor, que siempre castigarémos.

Ya no habia que dudar.

El capitan de guardias entregó al rey las tarjetas, y le dijo el trabajo que le habia costado arrancarlas de la crispada mano del cadáver.

Apénas clavó el rey sus ojos en ellas, cuando tembló y palideció.

Los miembros de su rostro se contrajeron.

—Señor,—dijo levantándose bruscamente,—si no supiéramos lo honrado que sois, os creeríamos cómplice de alguna felonía urdida contra nuestra muy amada nuera Juana, condesa de Poitiers, por algunos villanos descontentos; pero á los honrados caballeros como vosotros, pedirémos solamente que juzguen que las cosas han pasado como decís, por caso fortuito y sin otra intriga ó preparacion.

—Hemos dicho la verdad, y estamos prontos á jurar sobre los santos evangelios, Sire.

—Jurad.



Los dos hermanos juraron, no sin grande emocion, porque ese acontecimiento podia tener un trágico desenlace.

El rey, siempre pálido, trémulo y con la mirada chispeante, llamó á un page.

—Id,—le dijo,—á decir á nuestra querida nuera la condesa de Poitiers, que la rogamos venga inmediatamente á nuestra presencia.

Los caballeros se inclinaron como para salir; pero el monarca les detuvo.

—Es preciso que todo se aclare lo mas pronto posible,—les dijo,—y para ello se necesita aquí vuestra presencia.

Algunos instantes despues llegó Juana.

Estaba abatida y enferma, por la escena que habia pasado en el rio al amanecer.

Felipe el Bello se sorprendió tanto de verla en ese estado, que pasaron algunos instantes ántes de que la hubiese podido hablar.

Al fin la dijo violentándose:

—Señora y nuera, os disgusta tanto venir á nuestro lado, que no podeis ponernos mejor cara?

—Sire,—respondió Juana,—siempre me agrada hacer vuestra voluntad; pero me siento mal y no puedo disimularlo.

—Es desagradable cosa,—dijo el rey,—porque queriamos saber vuestra opinion acerca de un negocio muy grave.

—Señor, el mal que tengo no es tal, que me impida complaceros.

—Oid, pues. Hay quien diga que una persona de nuestra real familia se ha hecho culpable de algunos asesinatos misteriosos, de lo cual hace tiempo que se ha hablado mucho, y Nos vacilamos respecto de los medios de descubrir la verdad.

Poco faltó para que la reina cayera en una de esas crisis nerviosas que habia tenido pocas horas ántes, y solo se libró de ella por un esfuerzo supremo de su voluntad.

—Sire! Sire!—dijo con la voz alterada,—podriais creer que hubiese en vuestra casa gentes capaces de tales crímenes?

—Todavía no creo nada, señora,—replicó el monarca; pero busco la verdad, y os ruego que me ayudeis á descubrirla. Para ello, os podrá servir este objeto.

—Esas tarjetas?

—Sí, estas tarjetas arrancadas hace un instante de la crispada mano de un cadáver hallado en el rio.

Juana tomó las tarjetas con una mano temblorosa, y poco faltó para que se desmayara al leer la terrible acusacion que contenian.

—Qué he hecho,—dijo,—para que se tramen contra mí esas villanías? Y cómo el rey, mi querido suegro, puede dar oido á tan infames calumnias?... Sire, yo pido venganza contra los traidores que atribuyen á los muertos revelaciones pretendidas que ellos han forjado.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
MUSEO DE LA MONARQUÍA
U. A. N. I.

Y á pesar del terròr que la abrumaba, lanzó á los hermanos d'Aunoi una mirada terrible.

Y lo hizo porque pensaba que ellos eran sus acusadores, y que á ese acto les habia arrastrado el descubrimiento de las numerosas infidelidades con que la habian agraviado y de las que ella era cómplice.

Gauthier no era hombre que sufriera el ataque sin volverlo.

—Señora,—esclamó poniendo la mano en el puño de su espada,—ninguno, ni ántes de ahora ha insultado impunemente nuestro honor; y con el permiso de mi señor y rey, digo y sostengo que esas tarjetas han sido halladas por mí en la mano de un hombre muerto, sacado del agua por unos pescadores, y que tenia una herida de daga en medio del corazon: tengo por cobarde al que pretenda lo contrario, y digo y sostengo que ha mentido. Así, pues, con la venia del rey nuestro señor, os pedimos que nombreis vuestros caballeros para que les demos empeño de combate.

Juana temblaba, pero ahora, tanto de rabia como de temor.

—Sire,—dijo,—permitid que la suegrá del rey de Francia no se esponga mas con esos villanos.

—Lo que no podremos sufrir es que se dilate el esclarecimiento de este negocio. Lo procuraremos y nos ayudará el preboste de Paris, á quien mandaremos llamar hoy mismo.

Juana se retiró con la rabia en el corazon.

El rey con una señal despidió á los hermanos d'Aunoi.

Cuando se halló en su cámara la condesa de Poitiers, dió libre rienda á sus lágrimas y á su cólera.

—Traidores!—decía,—qué dulce me seria arrancarles el corazon! Oh! me vengaré, aunque mi venganza cause la ruina del mundo! . . . porque os aborrezco, infames! . . . Y tambien á vosotras, Blanca y Margarita, que me habeis atraído este perjuicio, y ya veréis lo que puede mi odio!

Y cayó abrumada en un sillón, y flotaron en su pensamiento mil proyectos de venganza, á cuales mas atroces y extravagantes.

V.

Ultima noche de los hermanos d'Aunoi y de Blanca y Margarita en la Torre de Nesle.—Audacia de Juana.—El delito flagrante.—Muerte de Orsini.—Prision, juicio y condenacion de los hermanos d'Aunoi.—Margarita de Borgoña y Blanca en el castillo Saillard.—Juana en el castillo de Dourdan.—Desesperacion de Buridan.—Buridan intenta salvar á los caballeros.

Mientras que Juana pensaba en su venganza, Felipe y Gauthier pedian una cita á sus reales queridas, á fin de ponerse de acuerdo con ellas para defenderse victoriosamente, en el posible caso de que Juana lo confesara todo.

Margarita de Borgoña consintió con tanto mas gusto en esa entrevista, cuanto que Luis el *Hutin* debia llegar á Paris muy pronto, y á esa muger insaciable de placeres, le importaba aprovechar el tiempo.

Blanca se dejó seducir fácilmente, porque á pesar de las numerosas ocasiones que era infiel á Felipe, no habia dejado de amarle con pasion.

En cuanto á Juana, ya habian resuelto sacrificarla á la salvacion comun.

Orsini recibió aviso de lo que habia sucedido, y al mismo tiempo que hacia los preparativos para ese nuevo desórden, pensaba ponerse en seguridad para el caso de que un escándalo lo obligase á huir.

Inmediatamente que anocheció, Felipe y Gauthier se dirigieron al hotel de Nesle y fueron introducidos en la torre.

Una hora despues llegaron Blanca y la reina de Navarra.

Al principio tuvieron consejo entre sí y Orsini fué admitido en él: nunca se habia tenido tanta necesidad de su talento, tan fecundo en medios astutos y en expedientes de todas clases.

No es preciso decir que los caballeros no habian pensado que Juana no era la única culpable.

Estaban demasiado enamorados, y se creian demasiado sinceramente amados para que les viniese á la mente semejantes sospechas, y por otra parte, Orsini tenia dispuesta una fábula.

Diría que Juana venia muchas veces á la torre, que allí recibia á personas